

La reja del ascensor tenía flores con cáliz dorado y follajes rizados de hierro negro, donde se enganchan los ojos cuando uno está triste viendo desenvolverse, hipnotizados por las grandes serpientes, los cables del ascensor.

Era la casa de mi tía más vieja adonde me llevaban los sábados de visita. Encima del hall de esa casa con cielo de claraboyas había otra casa misteriosa en donde se veía vivir a través de los vidrios una familia de pies aureolados como santos. Leves sombras subían sobre el resto de los cuerpos dueños de aquellos pies, sombras achatadas como las manos vistas a través del agua de un baño. Había dos pies chiquitos, y tres pares de pies grandes, dos con tacos altos y finos de pasos cortos. Viajaban baúles con ruido de tormenta, pero la familia no viajaba nunca y seguía sentada en el mismo cuarto desnudo, desplegando diarios con músicas que brotaban incesantes de una pianola que se atrancaba siempre en la misma nota. De tarde en tarde, había voces que rebotaban como pelotas sobre el piso de abajo y se acallaban contra la alfombra.

Una noche de invierno anunciaba las nueve en un reloj muy alto de madera, que crecía como un árbol a la hora de acostarse; por entre las rendijas de las ventanas pesadas de cortinas, siempre con olor a naftalina, entraban chiflones helados que movían la sombra tropical de una planta en forma de palmera. La calle estaba llena de vendedores de diarios y de frutas, tristes como despedidas en la noche. No había nadie ese día en la casa de arriba, salvo el llanto pequeño de una chica (a quien acababan de darle un beso para que se durmiera,) que no quería dormirse, y la sombra de una pollera disfrazada de tía, como un diablo negro con los pies embotinados de institutriz perversa. Una voz de cejas fruncidas y de pelo de alambre que gritaba “¡Celestina, Celestina!”, haciendo de aquel nombre un abismo muy oscuro. Y después que el llanto disminuyó despacito... aparecieron dos piecitos desnudos saltando a la cuerda, y una risa y otra risa caían de los pies desnudos de Celestina en camisón, saltando con un caramelo guardado en la boca. Su camisón tenía forma de nube sobre los vidrios cuadriculados y verdes. La voz de los pies embotinados crecía: “¡Celestina, Celestina!”. Las risas le contestaban cada vez más claras, cada vez más altas. Los pies desnudos saltaban siempre sobre la cuerda ovalada bailando mientras cantaba una caja de música con una muñeca encima.

Se oyeron pasos endemoniados de botines muy negros, atados con cordones que al desatarse provocan accesos mortales de rabia. La falda con alas de demonio volvió a revolotear sobre los vidrios; los pies desnudos dejaron de saltar; los pies corrían en rondas sin alcanzarse; la falda corría detrás de los piecitos desnudos, alargando los brazos con las garras abiertas, y un mechón de pelo quedó suspendido, prendido de las manos de la falda negra, y brotaban gritos de pelo tironeado.

El cordón de un zapato negro se desató, y fue una zancadilla sobre otro pie de la falda furiosa. Y de nuevo surgió una risa de pelo suelto, y la voz negra gritó, haciendo un pozo oscuro sobre el suelo: “¡Voy a matarte!”. Y como un trueno que rompe un vidrio, se oyó el ruido de jarra de loza que se cae al suelo, volcando todo su contenido, derramándose densamente, lentamente, en silencio, un silencio profundo, como el que precede al llanto de un chico golpeado.

Despacito fue dibujándose en el vidrio una cabeza partida en dos, una cabeza donde florecían rulos de sangre atados con moños. La mancha se agrandaba. De una rotura del vidrio empezaron a caer anchas y espesas gotas petrificadas como soldaditos de lluvia sobre las baldosas del patio. Había un silencio inmenso; parecía que la casa entera se había trasladado al campo; los sillones hacían ruedas de silencio alrededor de las visitas del día anterior.

La falda volvió a volar en torno de la cabeza muerta: “¡Celestina, Celestina!”, y un fierro golpeaba con ritmo de saltar a la cuerda.

Las puertas se abrían con largos quejidos y todos los pies que entraron se transformaron en rodillas. La claraboya era de ese verde de los frascos de colonia en donde nadaban las faldas abrazadas. Ya no se veía ningún pie y la falda negra se había vuelto santa, más arrodillada que ninguna sobre el vidrio.

Celestina cantaba Les Cloches de Corneville, corriendo con Leonor detrás de los árboles de la plaza, alrededor de la estatua de San Martín. Tenía un vestido marinero y un miedo horrible de morirse al cruzar las calles.

La idea de ir a Talpa salió de mi hermano Tanilo. A él se le ocurrió primero que a nadie. Desde hacía años que estaba pidiendo que lo llevaran. Desde hacía años. Desde aquel día en que amaneció con unas ampollas moradas repartidas en los brazos y las piernas. Cuando después las ampollas se le convirtieron en llagas por donde no salía nada de sangre y sí una cosa amarilla como goma de copal que destilaba agua espesa. Desde entonces me acuerdo muy bien que nos dijo cuánto miedo sentía de no tener ya remedio. Para eso quería ir a ver a la Virgen de Talpa; para que Ella con su mirada le curara sus llagas. Aunque sabía que Talpa estaba lejos y que tendríamos que caminar mucho debajo del sol de los días y del frío de las noches de marzo, así y todo quería ir. La Virgencita le daría el remedio para aliviarse de aquellas cosas que nunca se secaban. Ella sabía hacer eso: lavar las cosas, ponerlo todo nuevo de nueva cuenta como un campo recién llovido. Ya allí, frente a Ella, se acabarían sus males; nada le dolería ni le volvería a doler más. Eso pensaba él.

Y de eso nos agarramos Natalia y yo para llevarlo. Yo tenía que acompañar a Tanilo porque era mi hermano. Natalia tendría que ir también, de todos modos, porque era su mujer. Tenía que ayudarlo llevándolo del brazo, sopesándolo a la ida y tal vez a la vuelta sobre sus hombros, mientras él arrastrara su esperanza.

Yo ya sabía desde antes lo que había dentro de Natalia. Conocía algo de ella. Sabía, por ejemplo, que sus piernas redondas, duras y calientes como piedras al sol del mediodía, estaban solas desde hacía tiempo. Ya conocía yo eso. Habíamos estado juntos muchas veces; pero siempre la sombra de Tanilo nos separaba: sentíamos que sus manos ampolladas se metían entre nosotros y se llevaban a Natalia para que lo siguiera cuidando. Y así sería siempre mientras él estuviera vivo.

Yo sé ahora que Natalia está arrepentida de lo que pasó. Y yo también lo estoy; pero eso no nos salvará del remordimiento ni nos dará ninguna paz ya nunca. No podrá tranquilizarnos saber que Tanilo se hubiera muerto de todos modos porque ya le tocaba, y que de nada había servido ir a Talpa, tan allá, tan lejos; pues casi es seguro de que se hubiera muerto igual allá que aquí, o quizás tantito después aquí que allá, porque todo lo que se mortificó por el camino, y la sangre que perdió de más, y el coraje y todo, todas esas cosas juntas fueron las que lo mataron más pronto. Lo malo está en que Natalia y yo lo llevamos a empujones, cuando él ya no quería seguir, cuando sintió que era inútil seguir y nos pidió que lo regresáramos. A estirones lo levantábamos del suelo para que siguiera caminando, diciéndole que ya no podíamos volver atrás.

“Está ya más cerca Talpa que Zenzontla.” Eso le decíamos. Pero entonces Talpa estaba todavía lejos; más allá de muchos días.

Lo que queríamos era que se muriera. No está por demás decir que eso era lo que queríamos desde antes de salir de Zenzontla y en cada una de las noches que pasamos en el camino de Talpa. Es algo que no podemos entender ahora; pero entonces era lo que queríamos me acuerdo muy bien.

Juan Rulfo (México), « Talpa », *El llano en llamas*, 1953

[el protagonista es Simón Bolívar (1783-1830), conocido como “El Libertador” por su papel en la emancipación americana frente a España]

La vida le había dado ya motivos bastantes para saber que ninguna derrota era la última. Apenas dos años antes, perdido con sus tropas muy cerca de allí, en las selvas del Orinoco, había tenido que ordenar que se comieran a los caballos, por temor de que los soldados se comieran unos a otros. En esa época, según el testimonio de un oficial de la Legión Británica, tenía la catadura estrafalaria de un guerrillero de la legua. Llevaba un casco de dragón ruso, alpargatas de arriero, una casaca azul con botones dorados, y una banderola negra de corsario izada en una lanza llanera, con la calavera y las tibias cruzadas sobre una divisa en letras de sangre: “Libertad o muerte”.

La noche de San Juan de Payara su atuendo era menos vagabundo, pero su situación no era mejor. Y no sólo reflejaba entonces el estado momentáneo de sus tropas, sino el drama entero del ejército libertador, que muchas veces resurgía engrandecido de las peores derrotas y, sin embargo, estaba a punto de sucumbir bajo el peso de sus tantas victorias. En cambio, el general español don Pablo Morillo, con toda clase de recursos para someter a los patriotas y restaurar el orden colonial, dominaba todavía amplios sectores del occidente de Venezuela y se había hecho fuerte en las montañas.

Ante ese estado del mundo, el general pastoreaba el insomnio caminando desnudo por los cuartos desiertos del viejo caserón de hacienda transfigurado por el esplendor lunar. La mayoría de los caballos muertos el día anterior habían sido incinerados lejos de la casa, pero el olor de la podredumbre seguía siendo insoportable. Las tropas no habían vuelto a cantar después de las jornadas mortales de la última semana y él mismo no se sentía capaz de impedir que los centinelas se durmieran de hambre. De pronto, al final de una galería abierta a los vastos llanos azules, vio a Reina María Luisa sentada. Una bella mulata en la flor de la edad, con un perfil de ídolo, envuelta hasta los pies en un pañolón de flores bordadas y fumando un cigarro de una cuarta. Se asustó al verlo, y extendió hacia él la cruz del índice y el pulgar.

“De parte de Dios o del diablo”, dijo, “¡qué quieres!”

“A tí”, dijo él.

Sonrió, y ella había de recordar el fulgor de sus dientes a la luz de la luna. La abrazó con toda fuerza, manteniéndola impedida para moverse mientras la picoteaba con besos tiernos en la frente, en los ojos, en las mejillas, en el cuello, hasta que logró amansarla. Entonces le quitó el pañolón y se le cortó el aliento. También ella estaba desnuda, pues la abuela que dormía en el mismo cuarto le quitaba la ropa para que no se levantara a fumar, sin saber que por la madrugada se escapaba envuelta con el pañolón. El general se la llevó en vilo a la hamaca, sin darle tregua con sus besos balsámicos, y ella no se le entregó por deseo ni por amor, sino por miedo. Era virgen. Sólo cuando recobró el dominio del corazón dijo:

“Soy esclava, señor”

“Ya no.”, dijo él. “El amor te ha hecho libre”.

Por la mañana se la compró al dueño de la hacienda con cien pesos de sus arcas empobrecidas, y la liberó sin condiciones. Antes de partir no resistió la tentación de plantearle un dilema público. Estaba en el traspatio de la casa, con un grupo de oficiales montados de cualquier modo en bestias de servicio, únicas sobrevivientes de la mortandad. Otro cuerpo de tropa estaba reunido para despedirlos, al mando del general de división José Antonio Páez, quien había llegado la noche anterior.

El general se despidió con una arenga breve, en la cual suavizó el dramatismo de la situación, y se disponía a partir cuando vio a Reina María Luisa en su estado reciente de mujer libre y bien servida. Estaba acabada de bañar, bella y radiante bajo el cielo del Llano, toda de blanco almidonado con las enaguas de encajes y la blusa exigua de las esclavas. El le preguntó de buen talante:

“¿Te quedas o te vas con nosotros?”

Ella le contestó con una risa encantadora:

“Me quedo, señor.”

La respuesta fue celebrada con una carcajada unánime. Entonces el dueño de la casa, que era un español convertido desde la primera hora a la causa de la independencia, y viejo conocido suyo, además le aventó muerto de risa la bolsita de cuero con los cien pesos. El la atrapó en el aire.

“Guárdelos para la causa, Excelencia”, le dijo el dueño. “De todos modos, la moza se queda libre.”

El general José Antonio Páez, cuya expresión de fauno iba de acuerdo con su camisa de parches de colores, soltó una carcajada expansiva.

“Ya ve, general”, dijo. “Eso nos pasa por meternos a libertadores.”

El aprobó lo dicho, y se despidió de todos con un amplio círculo de la mano. Por último le hizo a Reina María Luisa un adiós de buen perdedor, y jamás volvió a saber de ella. Hasta donde José Palacios recordaba, no transcurría un año de lunas llenas de que él dijera que había vuelto a vivir aquella noche, sin la aparición prodigiosa de Reina María Luisa, por desgracia. Y siempre fue una noche de derrota.

Gabriel García Márquez (Colombia), *El general en su laberinto*, 1989

Entran por la izquierda las tres Mozas, y por la derecha Antígona y Carmen Vélez, las cuales se detienen en el foro para escuchar.)

MOZA 1a. (*Elegíaca.*) —Martín Vélez era como un árbol; fuerte, derecho y mudo. Pero daba sombra.

MOZA 3a. (*A la 1a*) —¿Te quería?

MOZA 1a. —Nunca me lo dijo.

MOZA 2a. (*Vibrante.*) —Ignacio Vélez era como la risa: ¡le bailaba en el cuerpo a una!

MOZA 3a. (*A la 2a*) —¿Te habló alguna vez de amores?

MOZA 2a —No.

MOZA 1a. —Martín Vélez ahora está en el salón grande, tendido y sin voz.

MOZA 2a. (*Con amargura.*) —¿Ignacio Vélez está en la sombra de afuera y en el barro de nadie!

MOZA 3a. —¿Dónde habrá quedado su risa!

MOZA 2a. (*Firme.*) —En el oído y en la sangre de quien la recuerda.

(*Antígona se adelanta, seguida de Carmen, y enfrenta de pronto a las tres Mozas.*)

ANTÍGONA. (*Con imperio.*) —¿Qué hacen aquí, muchachas?

LAS TRES MOZAS. (*En sobresaltos*) —¿Antígona!

ANTÍGONA. (*Indicando el salón.*) —¿Debieran estar en el salón, cosidas a las polleras de sus madres! (*Irónica.*) ¡Están rezando por el alma de Martín Vélez, el elegido! Dicen que la muerte es igual a una noche oscura; pero a Martín Vélez no le importa. Él tiene cuatro luces: dos en la cabecera y dos en los pies.

MOZA 1a. (*En son de reproche.*) —¿Antígona, era tu hermano!

ANTÍGONA. (*Prosigue, sin escuchar.*) —La muerte no es limpia; yo he visto en la llanura su asquerosidad tremenda. Pero a Martín Vélez lo han lavado con agua de rosas y lo han envuelto en una sábana sin estrenar.

MOZA 1a. —¿Era tu hermano, Antígona!

ANTÍGONA. (*En un grito.*) —El Otro también lo era! ¿Y dónde me lo han puesto? (*Se le quiebra la voz.*) El barro no es una sábana caliente.

MOZA 3a. —Nada sabemos del Otro. Pero aquí hay uno, Antígona, que también es tu carne.

ANTÍGONA. (*A la Moza 3a*) —Si tuvieras el corazón partido en dos mitades, y una estuviese aquí, entre ojos que la ven llorando, y la otra tirada en la noche que no sabe llorar, ¿qué harías, mujer? (*La Moza 3a no responde, y Antígona insiste en un grito.*) ¿Qué harías?

MOZA 2a. —No sabemos dónde buscar a Ignacio Vélez.

ANTÍGONA. —¿Yo sí!

LAS TRES MOZAS. (*Avanzando un paso.*) —¿Dónde lo han puesto?

ANTÍGONA. —¿No! ¡No! (*Tiende su mano al salón.*) ¡Ustedes allá, junto a Martín Vélez! Hay luz en su cabecera y buen olor en sus manos.

LAS TRES MOZAS. (*Insisten.*) —¿Antígona!

ANTÍGONA. (*En son de amenaza.*) —¿He dicho que allá!

(*Las tres Mozas, intimidadas, obedecen. Antígona las sigue con los ojos, hasta que desaparecen en el zaguán.*)

CARMEN. (*Hablará en una eterna quejumbre.*) —¿Tengo miedo, Antígona! ¡La casa está muerta, pero lo demás no!

ANTÍGONA. —¿Lo demás?

CARMEN. —¿Hay en todas partes ojos que miran y orejas que andan escuchando! Parecería que la noche se negase a entrar y dormir.

ANTÍGONA. —No se niega. ¡Es que no puede! Hoy no dormiré la noche: anda con un remordimiento.

CARMEN. —Un remordimiento. ¿Cuál?

ANTÍGONA. —El de Ignacio Vélez, tirado en su negrura. Y la noche, ¿qué culpa tendría?

CARMEN. (*Aterrada.*) —¿Más bajo! ¡Más bajo! ¡Está prohibido nombrar a Ignacio Vélez! ¡Y hay oídos abiertos en todas partes!

ANTÍGONA. —¿Era mi hermano y el tuyo! ¡Gritaría su nombre: lo tengo atravesado en el pecho! Si la gritara, dormiríamos la noche y yo.

CARMEN. —Dicen que traicionó a su casa.

ANTÍGONA. —¡No lo sé ni me importa! Que lo digan los hombres, y estará bien dicho. Yo sólo sé que Ignacio Vélez ha muerto. ¡Y ante la muerte habla Dios, o nadie!

CARMEN. —¡Se fue con los, pampas, y nos ha traído este malón! Así dicen allá los hombres de cocina.

ANTÍGONA. —Ya tiene su castigo. ¡Y está bien! Lo que no está bien es que lo hayan tirado afuera, y que lo dejen solo en la noche, ofrecido a los pájaros que buscan la carne muerta. ¡Sus ojos, hermana! ¡Sus pobres ojos cavados!

CARMEN. (*Se oculta el rostro con las manos y grita*) —¡No!

ANTÍGONA. —¿Gritaste? Yo no gritaré. Los dos ojos vacíos de Ignacio Vélez no serán mañana una vergüenza del sol.

CARMEN. —¿Qué vergüenza?

ANTÍGONA. —La de la luz, que siempre vio esos ojos tan llenos de risa.

CARMEN. —¡Tengo miedo! ¡La casa está muerta, pero lo demás escucha! ANTÍGONA. (*Sin oírla.*) —¡Y sus manos! ¡Sus manos de esquilas ovejas y herrar novillos! ¡Sus manos de agarrarse a la crin de los potros y acariciar las trenzas de las muchachas! ¡Sus cinco dedos, que ahora se clavan en el barro frío! ¡No, la luz de otro amanecer no sabría cómo aguantar el dolor de aquellas manos tiradas en el suelo!

CARMEN. —¡Basta! ¡Basta!

ANTÍGONA. —¡Y sus pies, hechos a talonear caballos redomones y a levantar polvaredas en el zapateo del «triumfo»! ¡Sus pies helados en la noche, sus pies que ya no bailarían! ¿Te parece que no serían una vergüenza para los ojos que ayer los vieron pisar la tierra justa? Yo te aseguro que ni la luz de Dios ni el ojo del hombre verán mañana esa derrota de Ignacio Vélez.

CARMEN. —¿Y qué podrás hacer, Antígona?

ANTÍGONA. —La tierra lo esconde todo. Por eso Dios manda enterrar a los muertos, para que la tierra cubra y disimule tanta pena.

CARMEN. —¡Está prohibido enterrar a Ignacio Vélez! ANTÍGONA. —Lo sé. Pero yo conozco una ley más vieja. CARMEN. —¡Tengo miedo, Antígona!

ANTÍGONA. —¿De qué?

CARMEN. —¡De lo que puedas andar tramando!

(*Antígona, se encoge de hombros, y hace mutis lento por la izquierda, seguida de Carmen que se persigna temerosamente. Oscuridad total. Luego las tres Brujas en Primer plano y centro de la escena. Se oyen lejanos galopes y relinchos de caballos.*)

Leopoldo Marechal (Argentina), *Antígona Vélez*, Cuadro Primero, 1951

Campamento cerca de Cempoala¹

Se escucha la voz de un soldado cantando un viejo romance castellano ; en la lejanía, tambores indígenas. Corté, desarreglado, con la camisa fuera de las calzas, duerme sobre el regazo de Marina². El soldado termina su canto. Una joven y hermosa muchacha indígena asoma tímidamente. El soldado la ve y se acerca a ella. La muchacha corre ; el soldado saca de su jubón un collar de cuentas de vidrio y un espejo ; hace sonar las cuentas : la muchacha se detiene ; el soldado juega con el espejo, lo hace brillar ; la muchacha se tapa los ojos con un brazo ; el soldado corre hacia ella, la toma del talle, ella se zafa, él hace gestos de invitación, le ofrece el espejo, ella se acerca, se mira asombrada en el espejo, tiende la mano al soldado, toma el espejo. El la besa. Salen.

MARINA

Sí, reposa, señor ; deja que mis brazos sean tu cuna ; duerme abrazado a mí ; déjame arrullarte ; déjame contarte las noticias de esta tierra que no volverá a ser la misma desde que tú pisaste sus playas.

Pausa.

Has llegado a una nación construida como una pirámide.

Pausa.

Pirámide la tierra, que asciende desde las anchas costas húmedas y ardientes por la dulce terracería de valles y lomas fértiles, hacia las ásperas montañas, los blancos volcanes y la alta y árida meseta : allí está la cima de la pirámide, y su nombre es la ciudad de México-Tenochtitlan. Pirámide también el estado, sostenido en su base por los esclavos, por los maceguales, los cargadores de fardos y miles de hombres sin nombre ; luego, por la hormigueante actividad de recaudadores de impuestos, los artesanos, los mercaderes y los maestros de oficios ; en seguida por la bravura de los guerreros y la secreta videncia de los sacerdotes ; más arriba por el orgullo y privilegio de los príncipes ; en la cima de la pirámide está Moctezuma y suyo es el poder absoluto. Sólo hay cupo para un hombre en esa cúspide.

Pausa.

Y pirámide del alma, sobre todo, pues aun las construcciones de nuestro deseo son imaginadas como un ascenso al punto de convergencia de la vil arcilla y el firmamento immaterial : las pirámides que pueblan esta tierra son la arquitectura de nuestro espíritu, de nuestro anhelo y de nuestro temor ; queremos tocar el cielo, y por eso soñamos y trabajamos como todos los hombres. Pero también queremos mantener el cielo, pues le tememos : estamos demasiado cerca, demasiado cerca, señor...

Violento juego erótico de Marina alrededor y sobre el cuerpo dormido de Cortés.

Demasiado cerca del recuerdo del cataclismo violento del origen y de la violenta desnudez ante los animales, el hambre y el silencio. Demasiado cerca de la ira del cielo en la tierra. Demasiado cerca de las tinieblas del principio. Nos sentimos desamparados, señor ; hay fuerzas más poderosas que nosotros ; no sabemos dominarlas más que convirtiéndonos en lo que tememos y en lo que necesitamos. Sueñame, señor : soy aire ; tócame, señor : soy fuego ; bébeme, señor : soy lluvia ; conquístame, señor : soy tierra.

Pausa.

Todo está vivo en México : la tierra aún no descansa ; la creación no ha terminado su tarea. Nos sentimos avasallados por la proliferación diabólica de lo que tememos y de lo que desconocemos. Hemos inventado un panteón de dioses múltiples para apaciguar el universo. Nuestro mundo está roto, fragmentado por demasiados sueños, demasiados miedos, demasiados principios opuestos. Por eso puede un solo hombre, Moctezuma, dominarnos con tanta tiranía. En la cima de la pirámide, allí donde se encuentran la piedra y el cielo, debe haber por lo menos una voluntad única, una reunión del cuerpo y el alma en medio de tantas separaciones de la materia y el sueño.

Cortés se remueve ; despierta.

CORTES

¹ Pueblo en México

² Marina o Malintzin es la traductora indígena y amante del conquistador de México, Hernán Cortés

Marina...

MARINA

Señor...

CORTES

He estado soñando

MARINA

¿En qué, señor ?

CORTES

En las palabras. Todo sucedía en las palabras.

MARINA

Te lo advertí. Sólo lo que se nombra existe.

CORTES

No ; ése era un sueño. En la realidad, sólo cuenta la acción.

MARINA

Tú actúas, señor y los hombres no olvidarán tus hechos. Déjame a mí decir las palabras en tu nombre.

CORTES (sonriendo)

Eres mi lengua³.

MARINA

Tu lengua te dice que las lenguas de esta tierra te nombran como a un dios.

CORTES

¿Persistes en la blasfemia ?

Pausa. Duda. Secreta debilidad.

¿Eso dicen de mí ?

MARINA

Eso dicen ; eres el teúl, eres el dios ; y no sólo porque tú y tus hombres ya ganaron fama de esforzados, ni por el espanto que causan tus bestias y tu fuego... ni aun por la sospecha de que, siendo tan pocos y venciendo a huestes mayores, sean inmortales. No, señor : eres dios porque así estaba escrito en los cielos que nuestros augures saben leer...

CORTES

Qué ilusión... qué vana ilusión.

MARINA

Esperaba que despertaras para decirte sólo esto, aprovecha que mi pueblo entero y aun el Gran Moctezuma creen que eres un dios ; aprovéchalo para los fines de tu empresa...

CORTES

Soy un súbdito fiel del rey Carlos. A donde vaya y a donde llegue, no podré sino proclamar que represento a Su Majestad, y que a sus pies pongo mis conquistas y el fruto de mis conquistas.

MARINA

Señor : tu rey está tan ausente como ese gobernador cuya autoridad has negado. ¿Por qué han de gozar los ausentes del renombre y riqueza procurados por tu solo esfuerzo ? Te pregunto lo mismo que les preguntaste a tus soldados : ¿dónde está el rey, qué le debes, acaso ha sufrido en tus batallas, acaso su cuerpo ha sido punzado por los dardos enherbolados ?

Carlos Fuentes (México), *Todos los gatos son pardos*, 6, 1970.

³ « Lengua » era la palabra empleada para designar al traductor.

DOÑA CARMEN: Nos quedamos solos Agustino. Confiemos en la bondad divina.

AGUSTINO : (*Se sienta en la cama. Bebe. Dice en tono de recordación*) « El matri de don Tino » (*Breve pausa*) Tenemos que invitar a Poncho Arrieta para que componga la leyenda de mi resurrección : «La muerte de don Tino ». Podría ser : (*Voltea el reclinatorio, lo atenaza entre sus rodillas y canta en son vallenato⁴, acompañándose en el ritmo con golpes que da en el reverso del cuero templado que cubre la parte baja del reclinatorio. Doña Carmen bebe, y acompaña el ritmo golpeando dos copas de trofeo en alegre retintín*)

I

Ay, la muerte de don Tino
Tan sólo duró tres días
Y lo lloraron los ricos
Los del medio y la pobresía.

II

Fue tan dura la pena
Y tan amargo fue el llanto
Que las lágrimas corrieron
Inundando todo el campo

III

Pero él nada pudo
Ni la muerte lo venció
Porque pasados tres días
El muerto resucitó.

IV

Así son los grandes hombres
Como Cristo y Agustino
Que se murieron el viernes
Para volver el domingo.

(*Lanza lejos el reclinatorio desesperado*). No estoy en vena. Creí ingenuamente que la música calmaría mi ansiedad, pero las sombras de la muerte que me acechan aumentaron con ella. (*Casi gritando con quiebres de angustia*). ¿ Crees que todo saldrá bien? ¿ Crees que todo este teatro me salvará de la muerte? ¿ Lo crees?

DOÑA CARMEN: (*Erizada*) Calla por Dios.

AGUSTINO: (*Gritando*) ¿Lo crees así?

DOÑA CARMEN: No tenemos al demonio.

AGUSTINO: (*Más enérgico*) ¿Lo crees?

DOÑA CARMEN: (*En igual forma*): ¡Calla!

AGUSTINO: Dime: ¿Lo crees?

DOÑA CARMEN: (*Cortante e histérica*) ¡Cállate ¡(*Agustino se queda mirando a su mujer extrañado, con la boca abierta. Bebe y le lanza un mudo reproche. Doña Carmen en cariñoso tono a guisa de disculpa*) Con ese vozarrón vas a atraer a todo el mundo.

AGUSTINO: (*Apaciguándose*). La puerta está cerrada.

DOÑA CARMEN: Hay algunos peones. Con el pretexto de tu muerte invadieron y saquearon la casa. No puedo dar un paso sin que esté figoneándome.

AGUSTINO: Me pagarán hasta el último bocado que se hayan echado al colete. Cerremos la puerta con llave. Nadie me va a impedir que celebre mi resurrección. Tengo que acabarla, sea ésta para bien o para mal.

DOÑA CARMEN (*Para complacerlo abre la cómoda y saca una prenda*) Ya que tú lo quieres, tapemos el resquicio de la puerta con este trapo para que no se filtre ningún sonido. Y para tapar el ojo de la cerradura: el novenario de ñora Otilia.

⁴ Género musical popular de la costa caribeña colombiana

AGUSTINO: (*Se enrolla en un visillo y orina por el balcón*) Ni la menciones, hace un instante me susurraba al oído. “Púdrase en los infiernos Agustino Landazábal, púdrase en los infiernos” Ya ajustaré las cuentas con la vieja bruja.

DOÑA CARMEN: ¿Eso decía?

AGUSTINO: Al menos me pareció. (*Brinda*). Por la larga vida de Agustino Landazábal en los quintos infiernos (*Bebe y canta la canción que compuso*). ¡Aaaah, qué descanso! Tenía la vejiga bien templada. Vamos, ánimo Carmen.

DOÑA CARMEN: No puedo dejar de sentir cierto temor. Me pregunto si sabes lo que haces. Cada vez que Benigno u Otilia me miraban me lo preguntaba. Sus miradas eran las mismas de siempre, pero yo les captaba algo raro que dejaban traslucir de su interior.

AGUSTINO: Estás sugestionada por el ambiente mortuorio. Benigno es incapaz de matar a una mosca. Si tuviera que reencarnarse en algo, lo haría en un buey. Y ñora Otilia... (*Menea la cabeza con incredulidad*)... No... ya recibieron su lección...

DOÑA CARMEN: ¿Estás seguro que la lección fue bien asimilada, que la letra les entró con la sangre?

AGUSTINO: (*Mira a su mujer. Intenta darle respuesta certera. No puede. Baja los ojos.*) Cambiemos de tema.

DOÑA CARMEN: Sí, por lo que más quieras.

AGUSTINO: Qué vaina, no se me ocurre nada... Sí, rememoremos días mejores. (*Se lanza a la cómoda y saca un disco, lo coloca en el tocadiscos*) Espera... Esto te va a gustar. (*Suena un pasodoble*) ¡Ah, no te decía! ¿Dime, qué te recuerda?

DOÑA CARMEN: (*Arrobada*) ¡Nuestro matrimonio!

AGUSTINO: Sonó como música celestial cuando abrió la corraleja. (*Se trepa al reclinatorio*) Don Agustino Landazábal, rico ganadero de la región, toma en matrimonio a Carmen Zuleta, hija de ídem, y brinda al pueblo para su felicidad y la mía, una fiesta en corraleja. ¡Se inicia la fiesta! (*Aplaude*) Todavía no, algo falta: la papayera. (*Corre a la cómoda y saca un bombardino*) El bombardino del viejo Demetrio. Toma, tócalo.

DOÑA CARMEN: (*Divertida*) Eres un loco Agustino.

AGUSTINO: (*Se quita el saco y la corbata y se los pone a doña Carmen*) Tú eres ahora la papayera⁵ de San Cayetano y tienes que vestir como tal. Está mejor. Ahora toca y bebe, bebe y toca hasta reventar como esos infelices. (*Doña Carmen toca el bombardino sobre el reclinatorio, acompañando el pasodoble. Agustino trepa a la cama*) ¡Se inicia la fiesta! En el balcón, los notables de la región. Apiñado en la arena, el populacho impaciente espera los diez cebúes donados por don Agustino. Doy la señal y sale el primer toro entre el clamor de la multitud.

DOÑA CARMEN: ¡Ah, no! Nada de toros conmigo!

AGUSTINO: No te enfades, vaquita mía, que todo es por diversión, como el día de nuestro matrimonio. A ver, una sonrisita, ¿hummm? A ver, a ver... así me gusta. (*Le hace cosquillas en los lomos a su mujer con los cuernos. Canturrea*) Sana que sana culito de rana, si no sana hoy sanarás mañana (*Doña Carmen huye, riéndose estentóreamente. Agustino la persigue, cuernos en ristre, entre mugidos y risas*) ¡Shhhh! (*Tapa la boca a su mujer y le boquea con gran misterio, señalando la puerta*) Hay moros en la costa. (*Con el rostro descompuesto desconecta el tocadiscos. Mira la puerta y avanza hacia ella. Doña Carmen se tapa la boca con ambas manos. Agustino le encarece que haga silencio, estampa la oreja contra la puerta y escucha atentamente. Extrae el novenario y atisba por la cerradura. Al rato se vuelve, alelado*). Qué extraño...

DOÑA CARMEN: ¿Qué?

AGUSTINO: De pronto sentí que mi alma se congelaba y que cien pares de ojos nos miraban (*Otea a lo lejos por el catalejo*) Benigno y ñora Otilia están llegando a las tierras altas en su canoa. (*Todavía pálido*)... No eran ellos.

Esteban Navajas (Colombia), *La agonía del difunto*, 1977

⁵ Grupo musical

La danza inmóvil

Mensajeros en la noche anunciaron lo que no oímos.
Se buscó debajo del aullido de la luz.
Se quiso detener el avance de las manos enguantadas
que estrangulaban a la inocencia.

Y si se escondieron en la casa de mi sangre,
¿cómo no me arrastro hasta el amado
que muere detrás de mi ternura?
¿Por qué no huyo
y me persigo con cuchillos
y me deliro?

De muerte se ha tejido cada instante.
Yo devoro la furia como un ángel idiota
invadido de malezas
que le impiden recordar el color del cielo.

Pero ellos y yo sabemos
que el cielo tiene el color de la infancia muerta.

Alejandra Pizarnik (Argentina), *Las aventuras perdidas*, 1958

Loro idéntico al de mi abuela
funambulesca voz de la cocina
del corredor y de la azotehuela.

No bien el Sol ilumina
lanza el loro su grito
y su áspera canción
con el asombro del gorrión
que sólo canta El Josefito...

De la cocinera se mofa
colérico y gutural
y de paso apostrofa
a la olla del nixtamal⁶.

Cuando pisándose los pies
el loro cruza el suelo de ladrillo,
del gato negro hecho un ovillo,
el ojo de ámbar lo mira
y un azufre diabólico recela
contra ese ícubo verde y amarillo,
¡la pesadilla de su duermevela!

¡Mas de civilización un tesoro
hay en la voz
de este super-loro
de 1922!

Finge del aeroplano el ron-ron
y la estridencia del klaxón...

Y ahogar quisiera con su batahola
La música rival de la victrola⁷...

En breve teatro proyector de oro,
de las vigas al suelo, la cocina
cruza un rayo solar de esquina a esquina
y afoca y nimba al importante loro...

Pero a veces, cuando lanza el jilguero
la canción de la selva en abril,
el súbito silencio del loro parlero
y su absorta mirada de perfil,
recelan una melancolía
indigna de su plumaje verde...

¡Tal vez el gran bosque recuerde
y la cóncava selva sombría!

En tregua con la cocinera
cesa su algarabía chocarrera,
tónnase hosco y salvaje...

⁶ Nixtamal : masa de maíz

⁷ victrola : tocadiscos

¡El loro es sólo un gajo de follaje
Con un poco de sol en la mollera!

José Juan Tablada (México), *La resurrección de los ídolos*, 1924

El día de los desventurados, el día pálido asoma
con un desgarrador olor frío, con sus fuerzas en gris,
sin cascabeles, goteando el alba por todas partes:
es un naufragio en el vacío, con un alrededor de llanto.

Porque se fue de tantos sitios la sombra húmeda, callada,
de tantas cavilaciones en vano, de tantos parajes terrestres
en donde debió ocupar hasta el designio de las raíces,
de tanta forma aguda que se defendía.

Yo lloro en medio de lo invadido, entre lo confuso,
entre el sabor creciente, poniendo el oído
en la pura circulación, en el aumento,
cediendo sin rumbo el paso a lo que arriba,
a lo que surge vestido de cadenas y claveles,
yo sueño, sobrellevando mis vestigios morales.

Nada hay de precipitado ni de alegre, ni de forma orgullosa,
todo aparece haciéndose con evidente pobreza,
la luz de la tierra sale de sus párpados
no como la campanada, sino más bien como las lágrimas:
el tejido del día, su lienzo débil,
sirve para una venda de enfermos, sirve para hacer señas
en una despedida, detrás de la ausencia:
es el color que sólo quiere reemplazar,
cubrir, tragar, vencer, hacer distancias.

Estoy solo entre materias desvencijadas,
la lluvia cae sobre mí, y se me parece,
se me parece con su desvarío, solitaria en el mundo muerto,
rechazada al caer, y sin forma obstinada.

Pablo Neruda (Chile), *Residencia en la tierra*, 1925-1932

Poema V

Para que tú me oigas
mis palabras
se adelgazan a veces
como las huellas de las gaviotas en las playas.

Collar, cascabel ebrio
para tus manos suaves como las uvas.

Y las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor como las yedras.

Ellas trepan así por las paredes húmedas.
Eres tú la culpable de este juego sangriento.

Ellas están huyendo de mi guarida oscura.
Todo lo llenas tú, todo lo llenas.

Antes que tú poblaron la soledad que ocupas,
y están acostumbradas más que tú a mi tristeza.

Ahora quiero que digan lo que quiero decirte
para que tú las oigas como quiero que me oigas.

El viento de la angustia aún las suele arrastrar.
Huracanes de sueños aún a veces las tumban.

Escuchas otras voces en mi voz dolorida.
Llanto de viejas bocas, sangre de viejas súplicas.
Ámame, compañera. No me abandones. Sígueme.
Sígueme, compañera, en esa ola de angustia.

Pero se van tiñendo con tu amor mis palabras.
Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas.

Voy haciendo de todas un collar infinito
para tus blancas manos, suaves como las uvas.

Pablo Neruda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 1924

Delectación morosa

La tarde, con ligera pincelada
que iluminó la paz de nuestro asilo,
apuntó en su matriz crisoberilo
una sutil decoración morada.

Surgió enorme la luna en la enramada;
las hojas agravaban su sigilo,
y una araña en la punta de su hilo,
tejía sobre el astro, hipnotizada.

Poblóse de murciélagos el combo
cielo, a manera de chinesco biombo;
tus rodillas exangües sobre el plinto

manifestaban la delicia inerte,
y a nuestros pies un río de jacinto
Corría sin rumor hacia la muerte.

Leopoldo Lugones (Argentina), *Los crepúsculos del jardín*, 1905.

Aquél pájaro que vuela por primera vez
Se aleja del nido mirando hacia atrás

Con el dedo en los labios
os he llamado.

Yo inventé juegos de agua
En la cima de los árboles.

Te hice la más bella de las mujeres
Tan bella que enrojecías en las tardes.

La luna se aleja de nosotros
Y arroja una corona sobre el polo

Hice correr ríos
que nunca han existido

De un grito elevé una montaña
Y en torno bailamos una nueva danza.

Corté todas las rosas
De las nubes del este

Y enseñé a cantar a un pájaro de nieve

Marchemos sobre los meses desatados

Soy el viejo marino
que cose los horizontes cortados

Vicente Huidobro (Chile), *Poemas árticos*, 1918

Un ojo blanco no me dice nada
Hasta cuándo posar de inteligente
Para qué completar un pensamiento
¡Hay que lanzar al aire las ideas!
El desorden también tiene su encanto
Un murciélago lucha con el sol:
La poesía no molesta a nadie
Y la fucsia parece bailarina.

La tempestad si no es sublime aburre
Estoy harto del dios y del demonio
¿Cuánto vale ese par de pantalones?
El galán se libera de su novia
Nada más antipático que el cielo
Al orgullo lo pintan de pantuflas:
Nunca discute el alma que se estima.
Y la fucsia parece bailarina.

El que se embarca en un violín naufraga
La doncella se casa con un viejo
Pobre gente no sabe lo que dice
Con el amor no se le ruega a nadie:
En vez de leche le salía sangre
Sólo por diversión cantan las aves.
Y la fucsia parece bailarina.

Una noche me quise suicidar
El ruiseñor se ríe de sí mismo
La perfección es un tonel sin fondo
Todo lo transparente nos seduce:
Estornudar es el placer mayor
Y la fucsia parece bailarina.

Ya no queda muchacha que violar
En la sinceridad está el peligro
Yo me gano la vida a puntapiés
Entre pecho y espalda hay un abismo
Hay que dejar morir al moribundo:
Mi catedral es la sala de baño
Y la fucsia parece bailarina.

Se reparte jamón a domicilio
¿Puede verse la hora en una flor?
Véndese crucifijo de ocasión
La ancianidad también tiene su premio
Los funerales sólo dejan deudas:
Júpiter eyacula sobre Leda
Y la fucsia parece bailarina.

Todavía vivimos en un bosque
¿No sentís el murmullo de las hojas?
Porque no me diréis que estoy soñando

Lo que yo digo debe ser así
Me parece que tengo la razón
Yo también soy un dios a mi manera
Un creador que no produce nada:
Yo me dedico a bostezar a full
Y la fucsia parece bailarina.

Nicanor Parra (Chile), *Versos sueltos*, 1962

Carvalho revisó los libros. Muchos de ellos en inglés. Editoriales americanas. *Los paradigmas de la ciencia* de Kung, *La tierra baldía* de Eliot, Melville, teólogos alemanes, Rilke, contraculturales americanos, una edición completa de las obras de Huxley en inglés, Maritain, Emmanuel Mounier, *Para leer a Marx*. Pinchados en las estanterías por chinchetas, se conservaban recortes de periódicos momificados. Algunos eran novedades literarias reseñadas en el Times literario. Otros eran noticias curiosas, al menos curiosas para Stuart Pedrell. Por ejemplo, las declaraciones de Carrillo sobre el abandono del leninismo por el PC español o la noticia de la boda de la duquesa de Alba con Jesús Aguirre, director general de Música. Aquí y allá, pinchadas sobre las tablas, tarjetas postales con reproducciones de Gauguin. Y en la pared, alternados los cuadros de firma, mapas oceánicos, un inmenso Pacífico lleno de banderillas de alfiler, jalonando una ruta soñada. Sobre la mesa de madera de palisandro un vaso de marfil repujado, lleno con varias clases de lápices, bolígrafos, rotuladores. Sobre una escribanía de bronce viejo, un paraíso de bricolaje escolar: gomas de borrar de distintos colores, plumillas, plumines, mangos de pluma, lápices Hispania en rojo y azul, caja de colores Faber, incluso plumas para hacer letra gótica o redondilla, como si Stuart Pedrell se dedicase a ejercicios caligráficos o a ilustrar ejercicios escolares. En los cajones, recortes de artículos y entre ellos un poema recortado de una revista poética: Gauguin. Cuenta mediante verso libre la trayectoria de Gauguin desde que abandona su vida de burgués empleado de banca hasta que muere en las Marquesas rodeado del mundo sensorial que reprodujo en sus cuadros:

*desterrado a las Marquesas,
conoció la cárcel por sospechoso
de no infundir sospechas
en París
se le tenía por un snob empedernido
sólo algunas nativas conocían su impotencia
pasajera
y que l'or de ses corps
era un pretexto
para olvidar las negras sillerías de las lonjas
el cucú de un comedor de Copenhague
un viaje a Lima con una madre triste
las pedantes charlas del café Voltaire
y sobre todo
los incomprensibles versos de Stéphane
Mallarmé.*

Así terminaba el poema de un autor cuyo nombre no le dijo nada a Carvalho. Abrió la carpeta de fina piel corinto situada como una bandeja para el pecho del que se sentaba en el despacho. Notas manuscritas de asuntos económicos. Avisos de compra de objetos personales desde libros a cremas de afeitar. Un reclamo en inglés atrajo la atención de Carvalho:

I read, much of the night, and go south in the winter.

Y debajo:

*Ma quando gli dico
ch'egli é ira i fortunati che han visto l'aurora
sulle isole più belle terra
al ricordo sorride e risponde che il sole
si levaba che il giorno era vecchio per loro.
Finalmente,
più nessuno mi portera nel sud*

Carvalho tradujo mentalmente:

*Leo hasta entrada la noche
y en invierno viajo hacía el sur
.....
Pero cuando le, digo
que él está entre los afortunados que han visto la aurora,
sobre las islas más bellas de la tierra,
al recuerdo sonrío y responde que cuando el sol se alzaba el día ya era viejo para ellos.
.....
Ya, nadie me llevará al sur.*

Se aplicó sobre un posible sentido cabalístico de los tres grupos de versos y se fue a zambullir en la patria propicia de Charles Eames⁸ después de abrir el mueble bar y llenarse una copa de Oporto Fonseca diez años. No tenía mal gusto Stuart Pedrell. Carvalho dio vueltas y revueltas a los versos. La combinación podía traducir una simple frustración o tal vez fuera la clave de un propósito esfumado por la muerte del empresario. Se metió la nota en el bolsillo. Repasó los últimos rincones, incluido el desmontaje de los cojines de un tresillo y volvió hacia la pared donde campaba el mapa oceánico del Pacífico. Siguió la ruta de las banderas: Abu Dhabi, Ceilán, Bangkok, Sumatra, Java, Bali, las Marquesas...

Viaje imaginario. Viaje real. Examinó luego los aparatos audiovisuales situados en una esquina del despacho y sobre la mesa a la izquierda de Stuart Pedrell. Altísimo y fidelísimo sonido. Un minitelevvisor de mesa incorporado dentro de una radiocasette americana. Probó todos los magnetófonos por si hubiera algo grabado. Nada. Repasó las cassettes de música clásica y del moderno sinfonismo rock derivado de los Pink Floyd. Ninguna pista.

Manuel Vázquez Montalbán, *Los mares del Sur* (1979).

⁸ Charles Eames es el nombre de una marca de sillones de diseño.

Fernando.— No me creo nada. Sólo quiero subir. ¿Comprendes? ¡Subir! Y dejar toda esta sordidez en que vivimos.

Urbano.— Y a los demás que los parta un rayo.

Fernando.— ¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el sindicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ese no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

Urbano.— ¿Se puede uno reír?

Fernando.— Haz lo que te dé la gana.

Urbano.— (*Sonriendo.*) Escucha, papanatas. Para subir solo, como dices, tendrías que trabajar todos los días diez horas en la papelería; no podrías faltar nunca, como has hecho hoy...

Fernando.— ¿Cómo lo sabes?

Urbano.— ¡Porque lo dice tu cara, simple! Y déjame continuar. No podrías tumbarte a hacer versitos ni a pensar en las musarañas; buscarías trabajos particulares para redondear el presupuesto y te acostarías a las tres de la mañana contento de ahorrar sueño y dinero. Porque tendrías que ahorrar, ahorrar como una urraca; quitándolo de la comida, del vestido, del tabaco... Y cuando llevases un montón de años haciendo eso, y ensayando negocios y buscando caminos, acabarías por verte solicitando cualquier miserable empleo para no morirte de hambre... No tienes tú madera para esa vida.

Fernando.— Ya lo veremos. Desde mañana mismo...

Urbano.— (*Riendo.*) Siempre es desde mañana. ¿Por qué no lo has hecho desde ayer, o desde hace un mes? (*Breve pausa.*) Porque no puedes. Porque eres un soñador. ¡Y un gandul! (**Fernando le mira lívido, conteniéndose, y hace un movimiento para marcharse.**) ¡Espera, hombre! No te enfades. Todo esto te lo digo como un amigo.

(*Pausa.*)

Fernando.— (*Más calmado y levemente despreciativo.*) ¿Sabes lo que te digo? Que el tiempo lo dirá todo. Y que te emplazo. (**Urbano le mira.**) Sí, te emplazo para dentro de... diez años, por ejemplo. Veremos, para entonces, quién ha llegado más lejos; si tú con tu sindicato o yo con mis proyectos.

Urbano.— Ya sé que yo no llegaré muy lejos; y tampoco tú llegarás. Si yo llego, llegaremos todos. Pero lo más fácil es que dentro de diez años sigamos subiendo esta escalera y fumando en este «casinillo».

Fernando.— Yo, no. (*Pausa.*) Aunque quizá no sean mucho diez años...

(*Pausa*)

Urbano.— (*Riendo.*) ¡Vamos! Parece que no estás muy seguro.

Fernando.— No es eso, Urbano. ¡Es que le tengo miedo al tiempo! Es lo que más me hace sufrir. Ver cómo pasan los días, y los años..., sin que nada cambie. Ayer mismo éramos tú y yo dos críos que veníamos a fumar aquí, a escondidas, los primeros pitillos... ¡Y hace ya diez años! Hemos crecido sin darnos cuenta, subiendo y bajando la escalera, rodeados siempre de los padres, que no nos entienden; de vecinos que murmuran de nosotros y de quienes murmuramos... Buscando mil recursos y soportando humillaciones para poder pagar la casa, la luz... y las patatas. (*Pausa.*) Y mañana, o dentro de diez años que pueden pasar como un día, como han pasado estos últimos..., ¡sería terrible seguir así! Subiendo y bajando la escalera, una escalera que no conduce a ningún sitio; haciendo trampas en el contador,

aborreciendo el trabajo... perdiendo día tras día... (*Pausa.*) Por eso es preciso cortar por lo sano.

Urbano.— ¿Y qué vas a hacer?

Fernando.— No lo sé. Pero ya haré algo.

Urbano.— ¿Y quieres hacerlo solo?

Fernando.— Solo.

Urbano.— ¿Completamente?

(*Pausa.*)

Fernando.— Claro.

Urbano.— Pues te voy a dar un consejo. Aunque no lo creas, siempre necesitamos de los demás. No podrás luchar solo sin cansarte.

Fernando.— ¿Me vas a volver a hablar del sindicato?

Urbano.— No. Quiero decirte que, si verdaderamente vas a luchar, para evitar el desaliento necesitarás...

(*Se detiene.*)

Fernando.— ¿Qué?

Urbano.— Una mujer.

Fernando.— Ése no es problema. Ya sabes que...

Urbano.— Ya sé que eres un buen mozo con muchos éxitos. Y eso te perjudica; eres demasiado buen mozo. Lo que te hace falta es dejar todos esos noviazgos y enamorarte de verdad. (*Pausa.*) Hace tiempo que no hablamos de estas cosas... Antes, si a ti o a mí nos gustaba Fulanita, nos lo decíamos en seguida. (*Pausa.*) ¿No hay nada serio ahora?

Fernando.— (*Reservado*) Pudiera ser.

Urbano.— No se tratará de mi hermana, ¿verdad?

Fernando.— ¿De tu hermana? ¿De cuál?

Urbano.— De Trini.

Fernando.— No, no.

Urbano.— Pues de Rosita, ni hablar.

Fernando.— Ni hablar.

(*Pausa.*)

Urbano.— Porque la hija de la señora Generosa no creo que te haya llamado la atención... (*Pausa. Le mira de reojo, con ansiedad.*) ¿O es ella? ¿Es Carmina?

(*Pausa.*)

Fernando.— No.

Urbano.— (*Ríe y le palmotea la espalda.*) ¡Está bien, hombre! ¡No busco más! Ya me lo dirás cuando quieras. ¿Otro cigarrillo?

Antonio Buero Vallejo, *Historia de una escalera*, 1947.

(Entra Ensenada, El Mayordomo sale. Don Antonio Campos deja precipitadamente sus papeles para recibir al visitante. Este Don Antonio, secretario privado de Esquilache⁹, es un mozo de obsequiosa sonrisa y vivos ojos, que viste de oscuro. Don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada¹⁰, entra sin capa ni sombrero. Algo entrado en carnes, todavía se muestra erguido. Cuenta ya sesenta y cuatro años, pero su cara no ha perdido frescura: conserva aquella adolescente blandura de rasgos y aquella mirada, aguda y suave a la vez, que vemos en sus retratos. Es hombre de aire bondadoso, de irresistible simpatía física. Acaso por nostalgia de su pasado valimiento, usa todavía peluca de los tiempos de Fernando VI. Viste lujosa casaca bordada).

CAMPOS.—*(Se inclina profundamente.)* Beso a vuecelencia las manos.

ENSENADA.—*(Leve inclinación.)* Bien hallado, mi señor don Antonio.

CAMPOS.—El señor ministro no ha vuelto aún de El Pardo, pero no puede tardar. Dígnese vuecelencia tomar asiento.

(Le ofrece un sillón junto a la consola).

ENSENADA.—Gracias. Hágame la merced de seguir en su trabajo, don Antonio.

(Se sienta).

CAMPOS.—*(Sonríe.)* Mi trabajo en este momento es servir a vuecelencia en cuanto se le ofrezca.

ENSENADA.—Se lo ruego.

CAMPOS.—Siendo así... Y por complacer a vuecelencia. *(Va a la mesa y permanece de pie, ordenando las carpetas.)* En realidad, ya había terminado... Sólo quedaba esta carpeta, que es la de las curiosidades... *(Mete en ella un memorial y la cierra.)* Y ya está lista. *(Escucha.)* Me parece que oigo la carroza del señor ministro...

ENSENADA.—¿Por qué llama a esa carpeta la de las curiosidades?

CAMPOS.—Porque es la de... los proyectistas. El señor marqués lo estudia todo: dice que los aciertos se encuentran donde menos se piensa.

ENSENADA.—Y es muy cierto.

CAMPOS.—Hoy nos ha llegado un proyecto para erigir en Andalucía una ciudad exagonal: según el autor, una especie de cuartel para la reforma de criminales mediante las virtudes calmantes de la geometría.

ENSENADA.—Ése es un loco.

CAMPOS.—Pero ilustrado.

ENSENADA.—Sabe el son que se baila ahora.

(Ríen los dos).

CAMPOS.—Es fabulosa la cantidad de locos que da este país...

ENSENADA.—No. Es normal. El español es desequilibrado. En mi tiempo lo aprendí bien. También me llegaban montones de cosas como ésa... *(Se encoge de hombros.)* ¿Qué se puede hacer con un pueblo así?

⁹ Leopoldo de Gregorio (1699-1785), marqués de Esquilache, de origen italiano, fue ministro de Carlos III.

¹⁰ Zenón de Somodevilla (1702-1781), marqués de la Ensenada, estadista español, consejero durante los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III.

CAMPOS.—Nadie puede olvidar lo mucho bueno que con este pueblo supo hacer vucelencia.

ENSENADA.—Se equivoca, don Antonio. Está ya olvidado. Nuestro país olvida siempre los favores: sólo re-cuerda los odios...

(Se abre la puerta del fondo y entra, terminando de despojarse de la capa, Esquilache. Tras él, el Mayordomo con el tricornio en la mano. Don Leopoldo de Gregorio es un robusto anciano de sesenta y seis años. De bruscos ademanes, vivo y dinámico, se conserva esbelto. El amargo rictus de su cara denuncia, más que vejez, ocultas tristezas; y difícilmente calcularíamos su edad si no fuese porque tiene las cejas completamente blancas. Su vestido es rico, pero sobrio: en el cuello le brilla el toisón de oro. Campos se inclina con respeto y Ensenada se levanta y le dedica una cortés reverencia. Esquilache tiende a Campos una cartera que trae y que éste deja sobre la mesa).

ESQUILACHE.—Celebro verte, Zenón. Supongo que no te habré hecho esperar.

ENSENADA.—Has sido puntual, como siempre.

(El Mayordomo recoge la capa).

ESQUILACHE.—¿Mucha gente en la antecámara?

MAYORDOMO.—Seis personas, excelencia.

ESQUILACHE.—¿Don Francisco Sabatini entre ellas?

MAYORDOMO.—No, excelencia.

ESQUILACHE.—¿Te apetece un chocolate, Zenón?

ENSENADA.—Gracias. Lo tomé ya.

ESQUILACHE.—A mí, sí. El viaje me ha despertado el apetito. *(Al Mayordomo.)* Avise en la cocina que me lo traigan. ¡Súbito! *(Lo despide con un gesto. El Mayordomo se inclina y sale, cerrando.)* Campos, ¿quiere dejamos solos?

ENSENADA.—De ningún modo. Despacha antes tus asuntos. Yo estoy acostumbrado a esperar...

Antonio Buero Vallejo, *Un soñador para un pueblo* (1958).

Geografía

Los mástiles de los barcos traíanle los palotes que hiciera, cuando niña, en el colegio. Y aquella sala tan grande y tan vacía que parecía el puerto en tarde de domingo. El cielo era aquel papel cuadriculado de su cuaderno, hilos de telegrafía sin ellos, velas en potencia, jarcias, palotes rectos —¡qué bien había terminado la línea!— y otros temblorosamente inclinados, llamados hacia el mar. Las grúas, los acentos circunflejos de los tinglados, los barriles, las cajas, los sacos, las chimeneas: todo menos los barcos; las maderas, los carros, los camiones, el carbón: todo menos el mar. Y el sol sobre cubierta tropezando sin ton ni son. Distinto en cada barco según su matrícula, cada buque llevaba en la tarde un pedazo de su sol natal formando en los muelles un abigarramiento entusiasta; la luz tomaba los colores de sus banderas, no los colores vivos de los oriflomas —bleu, blanc, rouge de la Francia; rojo, amarillo de la España; schwarz, weis, rot de la Alemania— sino los colores ideales de los países: Rusia toda blanca, China amarilla. India verde, Argentina azul celeste, Panamá pajizo, México café con leche, Estados Unidos cinc y ese sonrosado indefinido de los países escandinavos. La tarde parecía un traje de arlequín.

La ventana era su vida. El único hombre que veía el mar, allí arriba, con un catalejo y avisaba al puerto de lo que océano afuera pasaba, no pudo jamás ver tanto mar como el que ella veía, cerrados los ojos, la *cabeza* descansando en sus manos y sus codos en el alféizar de su ventana: Hong-Kong, Manila, Sidney y su amor. El puerto era una circunferencia y a ella le dolían las manos al recordar en el atardecer los palotes de su viejo cuaderno hasta entonces olvidado.

Las sirenas de los barcos hacían señales desesperadas a sus hermanas mitológicas que desde lejos —¡qué bien las veía ella!— agitaban en prueba de cariño un blanco pañuelo de espuma.

(El puerto huele a lejos y ella sobre él sentíase todavía más lejos, veía por los cielos danzar en ronda los archipiélagos).

¡Qué diferencia entre un barco que llega y otro que se va! Ella los esperaba maternal y los acariciaba; pero los que se iban ¡Señor! A ella le parecía entonces que los diques y las escolleras no eran sino las prolongaciones de sus brazos que los intentaba detener y casi lo conseguían al pasar entre sus luces rojas y verdes, ¡pero luego!, la espuma que brotaba a popa era el pañuelo, su propio pañuelo que le iba diciendo adiós a ella misma; marchaban lentos, arrastrándola cada vez más lejos, continuamente, hasta que desaparecían escondidos por el cielo y no se volvía a encontrar hasta que ella misma tornaba a ella vuelta al mundo en no sé cuántos minutos.

Max Aub, *La uña* (1925).

Bernarda: ¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?

Angustias: Yo...

Bernarda: ¡Tú!

Angustias: ¡A nadie!

Bernarda: (*Avanzando con el bastón*) ¡Suave! ¡Dulzarrona! (*Le da*).

La Poncia: (*Corriendo*) ¡Bernarda, cálmate! (*La sujeta*) (*Angustias llora.*)

Bernarda: ¡Fuera de aquí todas! (*Salen*)

La Poncia: Ella lo ha hecho sin dar alcance a lo que hacía, que está francamente mal. ¡Ya me chocó a mí verla escabullirse hacia el patio! Luego estuvo detrás de una ventana oyendo la conversación que traían los hombres, que, como siempre, no se puede oír.

Bernarda: ¡A eso vienen a los duelos! (*Con curiosidad*) ¿De qué hablaban?

La Poncia: Hablaban de Paca la Roseta. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron a la grupa del caballo hasta lo alto del olivar.

Bernarda: ¿Y ella?

La Poncia: Ella, tan conforme. Dicen que iba con los pechos fuera y Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Un horror!

Bernarda: ¿Y qué pasó?

La Poncia: Lo que tenía que pasar. Volvieron casi de día. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza.

Bernarda: Es la única mujer mala que tenemos en el pueblo.

La Poncia: Porque no es de aquí. Es de muy lejos. Y los que fueron con ella son también hijos de forasteros. Los hombres de aquí no son capaces de eso.

Bernarda: No, pero les gusta verlo y comentarlo, y se chupan los dedos de que esto ocurra.

La Poncia: Contaban muchas cosas más.

Bernarda: (*Mirando a un lado y a otro con cierto temor*) ¿Cuáles?

La Poncia: Me da vergüenza referirlas.

Bernarda: ¿Y mi hija las oyó?

La Poncia: ¡Claro!

Bernarda: Ésa sale a sus tías; blandas y untuosas que ponían ojos de carnero al piropo de cualquier barberillo. ¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!

La Poncia: ¡Es que tus hijas están ya en edad de merecer! Demasiada poca guerra te dan. Angustias ya debe tener mucho más de los treinta.

Bernarda: Treinta y nueve justos.

La Poncia: Figúrate. Y no ha tenido nunca novio...

Bernarda: (*Furiosa*) No, no ha tenido novio ninguna, ni les hace falta! Pueden pasarse muy bien.

La Poncia: No he querido ofenderte.

Bernarda: No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase. ¿Es que quieres que las entregue a cualquier gañán?

La Poncia: Debías haberte ido a otro pueblo.

Bernarda: Eso, ¡A venderlas!

La Poncia: No, Bernarda, a cambiar... Claro que en otros sitios ellas resultan las pobres.

Bernarda: ¡Calla esa lengua atormentadora!

La Poncia: Contigo no se puede hablar. ¿Tenemos o no tenemos confianza?

Bernarda: No tenemos. Me sirves y te pago. ¡Nada más!

Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba* (1936)

*Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada:
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
San Juan de la Cruz,*

Caminan lentamente sobre un lecho de confeti y serpentinas, una noche estrellada de septiembre, a lo largo de la desierta calle adornada con un techo de guirnaldas, papeles de colores y farolillos rotos: última noche de Fiesta Mayor (el confeti del adiós, el vals de las velas) en un barrio popular y suburbano, las cuatro de la madrugada, todo ha terminado. Está vacío el tablado donde poco antes la orquesta interpretaba melodías solicitadas, el piano cubierto con la funda amarilla, las luces apagadas y las sillas plegables apiladas sobre la acera. En la calle queda la desolación que sucede a las verbenas celebradas en garajes o en terrados: otro quehacer, otros tráfigos cotidianos y puntales, el miserable trato de las manos con el hierro y la madera y el ladrillo reaparece y acecha en portales y ventanas, agazapado en espera del amanecer. El melancólico embustero, el tenebroso hijo del barrio que en verano ronda la aventura tentadora, el perdidamente enamorado acompañante de la bella desconocida todavía no lo sabe, todavía el verano es un verde archipiélago. Cuelgan las brillantes espirales de las serpentinas desde balcones y faroles cuya luz amarillenta, más indiferente aún que las estrellas, cae en polvo extenuado sobre la gruesa alfombra de confeti que ha puesto la calle como un paisaje nevado. Una ligera brisa estremece el techo de papelitos y le arranca un rumor fresco de cañaveral.

La solitaria pareja es extraña al paisaje como su manera de vestir lo es entre sí: el joven (pantalón tejano, zapatillas de basquet, niki negro con una arrogante rosa de los vientos estampada en el pecho) rodea con el brazo la cintura de la elegante muchacha (vestido rosa de falda acampanada, finos zapatos de tacón alto, los hombros desnudos y la melena rubia y lacia) que apoya la cabeza en su hombro mientras se alejan despacio, pisando con indolencia la blanca espuma que cubre la calle, en dirección a un pálido fulgor que asoma en la próxima esquina: un coche sport. Hay en el caminar de la pareja el ritual solemne de las ceremonias nupciales, esa lentitud ideal que nos es dado gozar en sueños. Se miran a los ojos.

Están llegando al automóvil, un "Floride" blanco. Súbitamente, un viento húmedo dobla la esquina y va a su encuentro levantando nubes de confeti; es el primer viento del otoño, la bofetada lluviosa que anuncia el fin del verano. Sorprendida, la joven pareja se suelta riendo y se cubre los ojos con las manos. El remolino de confeti zumba bajo sus pies con renovado ímpetu, despliega sus alas níveas y les envuelve por completo, ocultándoles durante unos segundos: entonces ellos se buscan tanteando el vacío como en el juego de la gallina ciega, ríen, se llaman, se abrazan, se sueltan y finalmente se quedan esperando que esa confusión acabe, en una actitud hierática, dándose mutuamente la espalda, perdidos por un instante, extraviados en medio de la nube de copos blancos que gira en torno a ellos como un torbellino.

Juan Marsé, *Últimas tardes con Teresa* (1966).

Dieciocho horas y veintitrés minutos del 23 de febrero de 1981. En el hemiciclo del Congreso de los Diputados se celebra la votación de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo, que está a punto de ser elegido presidente del gobierno en sustitución de Adolfo Suárez, dimitido hace veinticinco días y todavía presidente en funciones tras casi cinco años de mandato durante los cuales el país ha terminado con una dictadura y ha construido una democracia. Sentados en sus escaños mientras aguardan el turno de votar, los diputados conversan, dormitan o fantasean en el sopor de la tarde; la única voz que resuena con claridad en el salón es la de Víctor Carrascal, secretario del Congreso, quien lee desde la tribuna de oradores la lista de los parlamentarios para que, conforme escuchan sus nombres, éstos se levanten de sus escaños y apoyen o rechacen con un sí o un no la candidatura de Calvo Sotelo, o se abstengan. Es ya la segunda votación y carece de suspense: en la primera, celebrada hace tres días, Calvo Sotelo no consiguió el apoyo de la mayoría absoluta de los diputados, pero en esta segunda le basta el apoyo de una mayoría simple, así que —dado que tiene asegurada esa mayoría— a menos que surja un imprevisto el candidato será en unos minutos elegido presidente del gobierno.

Pero el imprevisto surge. Víctor Carrascal lee el nombre de José Nasarre de Letosa Conde, que vota sí; luego lee el nombre de Carlos Navarrete Merino, que vota no; luego lee el nombre de Manuel Núñez Encabo, y en ese momento se oye un rumor anómalo, tal vez un grito procedente de la puerta derecha del hemiciclo, y Núñez Encabo no vota o su voto resulta inaudible o se pierde entre el revuelo perplejo de los diputados, algunos de los cuales se miran entre sí, dudando si dar crédito o no a sus oídos, mientras otros se incorporan en sus escaños para tratar de averiguar qué ocurre, quizá menos inquietos que curiosos. Nítida y desconcertada, la voz del secretario del Congreso inquiere «¿Qué pasa?», balbucea algo, vuelve a preguntar «¿Qué pasa?», y al mismo tiempo entra por la puerta derecha un ujier de uniforme, cruza con pasos urgentes el semicírculo central del hemiciclo, donde se sientan los taquígrafos, y empieza a subir las escaleras de acceso a los escaños; a mitad de la subida se detiene, cambia unas palabras con un diputado y se da la vuelta; luego sube tres peldaños más y se da otra vez la vuelta. Es entonces cuando se oye un segundo grito, borroso, procedente de la entrada izquierda del hemiciclo, y luego, también ininteligible, un tercero, y muchos diputados —y todos los taquígrafos, y también el ujier— se vuelven a mirar hacia la entrada izquierda.

El plano cambia; una segunda cámara enfoca el ala izquierda del hemiciclo: pistola en mano, el teniente coronel de la guardia civil Antonio Tejero sube con parsimonia las escaleras de la presidencia del Congreso, pasa detrás del secretario y se queda de pie junto al presidente Landelino Lavilla, que lo mira con incredulidad. El teniente coronel grita «¡Quieto todo el mundo!», y a continuación transcurren unos segundos hechizados durante los cuales nada ocurre y nadie se mueve y nada parece que vaya a ocurrir ni ocurrirle a nadie, salvo el silencio. El plano cambia, pero no el silencio: el teniente coronel se ha esfumado porque la primera cámara enfoca el ala derecha del hemiciclo, donde todos los parlamentarios que se hablan levantado han vuelto a tomar asiento, y el único que permanece de pie es el general Manuel Gutiérrez Mellado, vicepresidente del gobierno en funciones; junto a él, Adolfo Suárez sigue sentado en su escaño de presidente del gobierno, el torso inclinado hacia delante, una mano aferrada al apoyabrazos de su escaño, como si él también estuviera a punto de levantarse. Cuatro gritos próximos, distintos e inapelables deshacen entonces el hechizo: alguien grita «¡Silencio!»; Alguien grita: «¡Quieto todo el mundo!»; alguien grita: «¡Al suelo!»; alguien grita: «¡Al suelo todo el mundo!». El hemiciclo se apresta a obedecer: el ujier y los taquígrafos se arrodillan junto a su mesa; algunos diputados

parecen encogerse en sus escaños. El general Gutiérrez Mellado, sin embargo, sale en busca del teniente coronel rebelde, mientras el presidente Suárez intenta retenerle sin conseguirlo, sujetándolo por la americana. Ahora el teniente coronel Tejero vuelve a aparecer en el plano, bajando la escalera de la tribuna de oradores, pero a mitad de camino se detiene, confundido o intimidado por la presencia del general Gutiérrez Mellado, que camina hacia él exigiéndole con gestos terminantes que salga de inmediato del hemiciclo, mientras tres guardias civiles irrumpen por la entrada derecha y se abalanzan sobre el viejo y escuálido general, lo empujan, le agarran de la americana, lo zarandean, a punto están de tirarlo al suelo. El presidente Suárez se levanta de su escaño y sale en busca de su vicepresidente; el teniente coronel está en mitad de la escalera de la tribuna de oradores, sin decidirse a bajarla del todo, contemplando la escena. Entonces suena el primer disparo; luego suena el segundo disparo y el presidente Suárez agarra del brazo al general Gutiérrez Mellado, impávido frente a un guardia civil que le ordena con gestos y gritos que se tire al suelo; luego suena el tercer disparo y, sin dejar de desafiar al guardia civil con la mirada, el general Gutiérrez Mellado aparta con violencia el brazo de su presidente; luego se desata el tiroteo. Mientras las balas arrancan del techo pedazos visibles de cal y uno tras otro los taquígrafos y el ujier se esconden bajo la mesa y los escaños engullen a los diputados hasta que ni uno solo de ellos queda a la vista, el viejo general permanece de pie entre el fuego de los subfusiles, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y mirando a los guardias civiles insubordinados, que no dejan de disparar. En cuanto al presidente Suárez, regresa con lentitud a su escaño, se sienta, se recuesta contra el respaldo y se queda ahí, ligeramente escorado a la derecha, solo, estatuario y espectral en un desierto de escaños vacíos.

Javier Cercas, *Anatomía de un instante* (2009).

Rosa-fría, patinadora de la luna

Ha nevado en la luna, Rosa-fría.
Los abetos patinan por el yelo;
tu bufanda rizada sube al cielo,
como un adiós que el aire claro estría.

¡Adiós, patinadora, novia mía!
De vellorí tu falda, da un revuelo
de campana de lino, en el pañuelo
tirante y nieve de la nevería.

Un silencio escarchado te rodea,
destejido en la luz de sus fanales,
mientras vas el cristal resquebrajando...

¡Adiós, patinadora!
El sol albea
las heladas terrazas siderales,
tras de ti, Malva-luna, patinando.

Rafael Alberti, *Marinero en tierra*, 1925.

Homenaje

Ni mirto ni laurel. Fatal extiende
su frontera insaciable el vasto muro
por la tiniebla fúnebre. En lo oscuro,
todo vibrante, un claro son asciende.

Cálida voz extinta, sin la pluma
que opacamente blanca la vestía,
ráfagas de su antigua melodía
levanta arrebatada entre la bruma.

Es un rumor celándose suave;
tras una gloria triste, quiere, anhela.
Con su acento armonioso se desvela
ese silencio sólido tan grave.

El tiempo, duramente acumulando
olvido hacia el cantor, no lo aniquila;
siempre joven su voz, late y oscila,
al mundo de los hombres va cantando.

Mas el vuelo mortal tan dulce ¿adónde
perdidamente huyó? Deshecho brío,
el mármol absoluto en un sombrío
reposo melancólico lo esconde.

Qué paz estéril, solitaria, llena
aquel vivir pasado, en lontananza,
aunque, trabajo bello, con pujanza
aún surta esa perenne, humana vena.

Toda nítida aquí, vivaz perdura
en un son que es ahora transparente.
Pero un eco, tan solo; ya no siente
quien le infundió tan lúcida hermosura.

Luis Cernuda, *Égloga, elegía, oda* (1927-1928).

(En abril, las aguas mil)

Son de abril las aguas mil.
Sopla el viento achubascado,
y entre nublado y nublado
hay trozos de cielo añil.

Agua y sol. El iris brilla.
En una nube lejana,
zigzaguea
una centella amarilla.

La lluvia da en la ventana
y el cristal repiquetea.

A través de la neblina
que forma la lluvia fina,
se divisa un prado verde,
y un encinar se esfumina,
y una sierra gris se pierde.

Los hilos del aguacero
sesgan las nacientes frondas,
y agitan las turbias ondas
en el remanso del Duero.

Lloviendo está en los habares
y en las pardas sementeras;
hay sol en los encinares,
charcos por las carreteras.

Lluvia y sol. Ya se oscurece
el campo, ya se ilumina;
allí un cerro desaparece,
allá surge una colina.

Ya son claros, ya sombríos
los dispersos caseríos,
los lejanos torreones.

Hacia la sierra plomiza
van rodando en pelotones
nubes de guata y ceniza.

Antonio Machado, *Campos de Castilla* (1917).

COSME.—No nos cuentes nada... Yo me encuentro malísimo...

FEDERICO.—Pues acuéstate y déjanos en paz...

COSME.—¿Por qué me tratáis así? ¿Es que uno no tiene derecho a acatarrarse?

CARLOS.—¿Cuando estamos trabajando, no! Y resulta que siempre que vamos a atracar, vas y te acatarras...

COSME.—¿Eso no es verdad!

FEDERICO.—¿Sí es verdad! ¡La última vez te pasó lo mismo!

COSME.—No fue la última vez. Eso fue hace un año en Marsella. Cuando lo del Banco Naviero.

CARLOS.—Es lo mismo, «NENE». El caso es que estuvimos a punto de fallar el golpe porque estornudaste y te oyó el cajero...

COSME.—Me oyó el cajero porque era un cotilla.

CARLOS.—Por lo que fuera, pero te oyó. Y ahora, ya lo ves. Casi pasa igual...

COSME.—Y ¿qué culpa tengo yo de que cambiase el tiempo en Burgos? Salimos de Madrid con un calor de chicharrera y allí se levantó un frío de tres mil diablos.

CARLOS.—El caso es que no hay atraco sin que tú estornudes, y así no hay quien trabaje tranquilo.

NURIA.—¿Y el viaje que nos ha dado? ¡Jolín! ¡Venga a toser y venga a quejarse! ¡Venga a quejarse y venga a toser!

COSME.—Debéis perdonarme. Estoy muy malo. Tengo titiritera...

NURIA.—¿Has tomado las aspirinas que te compré allí?

COSME.—Sí. Tomé dos.

NURIA.—Pues acuéstate y toma otra.

CARLOS.—Espera un poco. Antes vamos a sacar esto y a charlar un rato. (*Destapa el termo y saca de dentro un pañuelo, que extiende sobre el sofá. Después vuelca el termo sobre el pañuelo. Caen varias alhajas*). A pesar de todo, la cosa ha ido bien y el golpe ha salido redondo.

FEDERICO.—Pero éste estornudó y se le cayó el pañuelo con el que se tapaba la cara. Pueden reconocerle.

CARLOS.—No hay cuidado. Cuando se le cayó el pañuelo, ya el joyero estaba sin sentido.

NURIA.—¿Estás seguro?

CARLOS.—Seguro. Por esa parte podemos estar tranquilos. «El Nene» en su trabajo, se ha portado bien.

COSME.—Gracias, Carlos. Es que pongo ilusión.

CARLOS.—Todos nos hemos portado bien, y aquí está el resultado. (*Por las joyas, que todos se han levantado a contemplar*). ¿Eh? ¿Qué os parece?

NURIA.—¿Cuánto calculas?

CARLOS.—Lo que pensamos. Cerca del millón.

COSME.—¿Y «El Duque»? ¿Se quedó con algo?

CARLOS.—Con el diamante, para no tener juntos el lote. Entre los cinco repartiremos más de millón y medio.

FEDERICO.—No está mal.

CARLOS.—¿Que no está mal? ¿Qué ganabas tú de camarero? ¿Y tú, «Nene», en Pamplona, con tu viejo «taxi»? ¿Y tú, de tanguista?

NURIA.—¿Qué importa lo que ganase, si tenía una profesión honesta?

FEDERICO.—¡Calla, idiota!

NURIA.—¿Por qué he de callarme? ¿Es que no es verdad?

Miguel Mihura, *Melocotón en almíbar*, 1958.